

PARA UNA TEORÍA DEL CONTEMPLAR

ANTONIO COLINAS

Siempre las primeras palabras, en un acto como éste, tienen y deben ser de profundo agradecimiento hacia las personas e instituciones que lo han hecho posible: la Facultad de Filología, el Consejo de Gobierno, el Claustro de Doctores y, muy especialmente, a la profesora María Ángeles Pérez López, que tan generosa ha sido conmigo y con mi obra con sus sensibles palabras. También a mi esposa y a mis hijos, por su comprensión hacia mi trabajo de más de cincuenta años no exento de pruebas y de muchas dificultades, pero que hoy y aquí se ve tan especialmente recompensado. Igualmente gracias a esos “ángeles protectores” que son las personas que han sintonizado con mi obra, mis lectores.

Ya al ser reconocido como Socio de Honor de Alumni de esta Universidad, me pregunté cuál podía haber sido mi relación con ella, más allá de los veinticinco años que he residido en esta ciudad, que siempre he querido ver como un laberinto abierto. Así lo creo además por ser Salmantino de Adopción. Me sorprendí entonces al reparar de qué forma tan evidente había sido y es mi relación con esta Universidad y la de nuestras familias. Mi bisabuelo Heraclio, médico en tierras de Sanabria, vino un día para matricularse y cursar sus estudios aquí y antepasados de María José, mi esposa, formaron parte muy especial de su claustro de profesores.

Entre ellos, se encontraba Isidro de Segovia, el tenaz creador de la Facultad de Medicina, catedrático de Anatomía y Decano de la misma. Pero también Ramón de Segovia Solanas, el padre de Isidro, había sido catedrático de

Derecho Procesal y su nombre aparece ahí, en la placa del fondo de este Paraninfo, como Rector.

Repasar mi relación personal con esta Universidad supone también recorrer mi propia vida. Así, durante mi asistencia a sus Cursos de Verano y en concreto a aquel de hace ya ¡50 años! dirigido por José Luis Cano, dedicado a la Generación del 27, en el que hablé de la poesía de Rafael Alberti. Siempre en los límites de la Transición democrática fui invitado al Encuentro de Intelectuales españoles. Eran los años 80 y mis artículos de opinión en aquellos momentos pudieron haber influido en dicha invitación. Siempre era el escritor el acogido en esta Universidad abierta.

También vine a la Facultad de Filosofía para dar una conferencia de Poética, cuyo texto luego publiqué en la *Revista de Occidente*; luego, a la Facultad de Geografía e Historia, donde comprendí que en los topónimos de mis libros de poemas y de relatos había una geografía del alma y mi temprano interés por la defensa del medio ambiente. Para inaugurar el Congreso Nacional de Traductores se me pidió que acudiera a la Facultad de Traducción e Interpretación. En esta ocasión se valoraba mi segunda profesión, que es la de traductor. Dura profesión, acaso la más compleja de las actividades intelectuales, pero también de las más bellas.

Muy especial, ha sido mi relación con la Facultad de Filología y los diversos Departamentos, como los de Lengua y Literatura, los de Asia o el de Inglés. Como más significativa recordaré mi relación con el de coreano y en dos momentos muy emotivos: la presentación aquí y mi ya larga amistad con Ko Un, el Poeta Nacional de Corea del Sur y el recital que di junto el Rector de la Universidad Dankook de Seúl, Soo-bok Kim, poeta, hispanista y persona tan cercana a este Estudio. Los actos en la Casa del Japón, que este año está teniendo una especial relación con la Universidad, acrecentaron mi

interés literario y pictórico por ese país y en ese cruce de caminos se me apareció la figura del pintor japonés Toshima Yasumasa, sorprendentemente un gran admirador de nuestro Miguel de Unamuno.

Homenajes a Virgilio y a Horacio, o el firmar el Manifiesto en favor de la salvación de las lenguas Clásicas, me llevaron a reavivar mis lecturas de los clásicos, aquellos que tan luminosamente ya había reencontrado en Italia y luego, durante veintidós años, en una isla del Mediterráneo, Ibiza. Valoro igualmente el encuentro con algunos doctorandos, llegados de América, que además eran poetas. (Uno de ellos llegó sin embargo de Camerún para dedicar el amplio texto de su tesis a mi obra.) Pero estimulante y ejemplar relación fue siempre la del Estudio salmantino con la América Hispana. A veces esta sintonía se ha fijado en convocatorias, como las del anual Encuentro de Poetas Iberoamericanos, que supone también el reencuentro con los poetas de Salamanca y en Salamanca. La poesía está igualmente presente en el Premio Reina Sofía, que, a su vez, ha consolidado nuestra relación con Portugal y Brasil. Y la relación, claro está, con el Centro de Estudios Ibéricos de Guarda: dos culturas de frontera dialogando ya sin frontera.

Pero déjenme que les transmita una anécdota –aparentemente muy elemental– pero que es esencial para mí en cuanto hoy deseo decirles. En el principio fue una *voz*. Era una *voz* que no se oía, pero que se *sentía* en el interior. ¿Cuándo sintió aquella *voz*? Él cree que fue en su infancia, cuando después de las clases comenzó a pasar las vacaciones de verano en un pueblo de un valle en el que estaba la casa –quizás la más humilde del pueblo– que él luego reconoció como “la casa de los veranos de oro”.

Él era muy pequeño e iba solo en aquel autobús. Su madre había avisado por teléfono a los abuelos, a la centralita del pueblo, y les había dicho: “Hoy va el niño en el autobús. Salid a esperarlo, porque va solo”. “Porque va solo...” Él escuchó aquellas palabras de su madre y parece que le tranquilizaron. Por eso, a lo largo del viaje no sintió temor alguno. Acaso porque iba concentrado contemplando un paisaje de grandes rocas y de extensos encinares, y sintiendo dentro de sí aquella voz que a veces le parecía una música que tampoco se oía, pero que se *sentía* .

No sabía entonces que aquella voz o música era un don. Pasaría mucho tiempo hasta que se preguntara si aquella palabra que no podía pronunciar, o escribir, era un don. Fue entonces cuando se preguntó osadamente si aquella palabra o música no sería la “música callada” y su soledad la “soledad sonora” de los versos de un poeta grande, que encontró en sus nuevas lecturas de adolescente. Un poeta, Juan de la Cruz –entonces Juan de Santo Matía– que, en el campo del humanismo poético, reconocemos como el más ilustre de los alumnos que ha tenido esta Universidad.

Palabra y música se fundían en su interior, pero la clave de aquel viaje –¿el que habría de ser, en realidad, un largo *viaje* en el tiempo hacia sí mismo?– nacía de su contemplación del paisaje. La contemplación, que otro poeta y profesor, también de esta Universidad, había reconocido como un ponerse en sintonía o armonía con el borrascoso mundo. Fray Luis de León sí había logrado pasar esa voz o música a poemas desde sus contemplaciones en el paraje de “La Flecha”, como en el titulado “Vida retirada”; texto de estirpe horaciana, pero también en otros muy suyos, como “A Francisco de Salinas” o “Noche serena”. Fray Luis, probablemente el más órfico-pitagórico de los poetas españoles con su mano, ahí fuera, tendida hacia la tierra diciendo: “Sosegaos”. Pero el mundo no aprende, no sabe que no sabe, y hoy una guerra más en Europa nos habla de la voracidad de las armas.

El valor de la contemplación lo reconocería luego el joven escritor en otros autores, como en los poetas y filósofos taoístas, en los místicos flamencos y renanos –sobre todo en el sublime Maestro Eckhart– o en aquel poeta sufí que nos decía que la naturaleza es simplemente un libro abierto, que al leerlo ya nos entrega todas las respuestas. O en los románticos alemanes. Era ese valor de concentrarse en la contemplación para hallar la creatividad literaria y artística sobre la que teorizó Carl Gustav Jung, el creador de la psicología transpersonal para el siglo XXI. Estoy hablando también de aquel contemplar que Hesíodo –el que reconocemos como el primero de los poetas europeos–, llevaba a cabo en las laderas del monte Helicón, en Grecia; contemplación que implicaba la espera de la llamada del *canto*, es decir, la llamada de la *palabra poética*.

Pero si hubiésemos seguido en Europa una ruta hacia el norte con nuestras lecturas, habríamos llegado hasta la obra de William Yeats, ese gran poeta del Irlanda, el país precisamente de la profesora Margaret Mary Murname, que hoy también se homenajea.

La palabra poética tenía que poseer su música, su concisión, su ritmo y medida, una intensidad, un fulgor y un son de sentido órfico que es el que evita que el poema sea algo engañoso. Esa palabra o palabras eran las que hoy reconocemos como propias del *lenguaje poético*, así como fruto de la influencia de la vocación, debida ésta a lo que el mismo Jung reconoció como “proceso de individuación”; es decir, el que lleva a cada persona a ser en la vida lo que debemos y tenemos que ser.

Pero para el creador hay una segunda etapa no menos decisiva que la de la infancia: la de la adolescencia; etapa de la vida en la que el ser renace a tantas vivencias y llamadas: la de la misma naturaleza, el amor, la muerte, el misterio, el conocimiento científico, el afán de justicia, la atracción del más

allá, lo sagrado, lo profano. Y para el destinado a la poesía aparecen aquellas voces o músicas de los otros poetas, las contenidas en el poder prodigioso de los libros. A esta sensación primera de lo que supone la importancia del libro, este niño aquí ensoñado le daría forma muchos años después recordando una anécdota, escribiendo un poema extremadamente sencillo que dice así:

Padre: tu me trajiste un día
de un viaje,
un libro de cuentos de Andersen.
Yo era entonces un niño
pequeño y enfermo
que intuía otros mundos
cuando veía temblar,
de noche, en las cortinas del dormitorio,
sombras negras.

Pero llegó la luz
a mi vida
Y olvidar no puedo
el placer que sentí al recibir
el libro entre mis manos.
Y no era porque fuese un milagro,
por el don, tan feliz, de recibirlo.
Era quizás porque en el libro aquel
tú pusiste un mundo

con tus manos
en mis manos.

Y se llenó de luz la habitación,
y ya no había seres misteriosos
que me atemorizaran al temblar
de noche las cortinas del balcón.
Y recuerdo muy bien
que antes de abrir las páginas del libro,
ya sentí en mi interior un sublime placer
que describir no puedo.

Luego, salí a los campos y sané,
pero perdí el libro, no sé qué fue de él,
y se perdió con ello
mi infancia
y aquel placer incluso de sentir
que hay otra realidad:
esa en la que aún yo creeré
para siempre.
aunque jamás la vean
mis ojos.

Imborrable resulta a veces la conmoción del primer libro infantil. Y no tardando mucho, el fulgor del primer libro clásico leído: la *Odisea* de

Homero con las delicadas ilustraciones de John Flaxman. Ahora ya hablo del tiempo de la adolescencia, de esos años turbadores en los que aparecen lecturas y poemas más influyentes. Ahora eran versos que conmovían de manera especial, pero en los que además aparecían símbolos universales: los sueños, la noche, el camino, los árboles, el río, el monte, la fuente, la mar, la luz; versos también de los poetas de aquel sur profundo en el que luego él pasó a vivir, y que le llevaron a pensar que poesía y vida eran fenómenos que tenían que ir fundidos. No se podía, no se puede levantar un muro entre poesía y vida.

En el tiempo de la primera juventud se acrecienta ese dilema tremendo entre vida y poesía, entre realidad y poesía, entre vocación y cómo subsistir. Porque ¿no será la poesía otra válida concepción de la realidad? Este dilema se puede agudizar posteriormente con la experiencia de vivir la gran ciudad, con el seguir unos estudios obligados y con las influencias familiares y sociales. Parece que al creador le afecta esa crisis, esa voz interior que no se puede apagar y que suele chocar con la sociedad normalizada.

La gran ciudad en contacto con el machadiano abismarse en el misterio del vivir consciente, parece que no facilitaba las cosas del normal desarrollo intelectual. Quemaban y comprometían estos dos versos de Antonio Machado: *El alma del poeta/ se orienta hacia el misterio*. ¿Y qué misterio es éste? No algo que remite a lo fantástico, a lo evanescente, a lo utópico, sino a lo que el ser humano aún desconoce, que es mucho. Es el mismo misterio con el que se enfrenta el científico, que como nos recuerda Albert Einstein al comienzo de su libro *Mi visión del mundo*¹, puede llegar a ser “lo más hermoso que nos es dado sentir, la sensación fundamental, la cuna del arte y de la ciencia verdaderos”.

¹ Albert Einstein, *Mi visión del mundo*, Barcelona, Tusquets, 1980, p. 12.

Pero en la capital estaba la atractiva y decimonónica llamada del mundo literario. Todavía no había llegado internet para lograr lo que acaso Miguel Torga y Mircea Eliade desearon: ver en cualquier lugar del mundo una *centro* del mundo. Es el momento en el que se comprende que una cosa es la creación literaria –la soledad del escritor en su habitación frente a la página en blanco– y otra el mundo literario, muy necesario pero también muy exigente y difícil.

Sin embargo, en la gran ciudad podían surgir dos inesperadas ayudas. Una, ya venía de atrás y la conformaban las bibliotecas, los periódicos, las revistas literarias o los editores con sensibilidad creativa. La otra era el magisterio de un poeta llamado Vicente Aleixandre al que, nuestro joven encontró a los 18 años, cuando llegó a Madrid. Se trataba de ese magisterio de carácter estrictamente literario que aconsejaba, que recomendaba lecturas, que corregía los titubeantes poemas. El periodismo literario pudo ser un buen complemento para ese momento de crecimiento. Por eso, él todavía se sorprende de que de cincuenta años atrás ya provenían las entrevistas que hizo en Italia a Eugenio Montale, Pablo Neruda o Ezra Pound.

Pocos años después vendría aquel otro magisterio que afectaba más a los contenidos y a las ideas. Había surgido con la presencia de la que algunos, en aquellos días de cambios políticos, reconocían como “la última exiliada”: María Zambrano. Él había escrito tres artículos reclamando su regreso. Tras una llamada ella se lo agradecía con una frase final que a él le llenó de dudas cuando colgó el teléfono: “Usted y yo hace mucho tiempo que nos conocemos”. Tampoco sabía en aquel momento que la pensadora amiga de la poesía le estaba hablando de una sintonía sin palabras y que para la fusión entre poesía y vida, entre pensar y el poetizar, ella había dado con un concepto iluminador, el de *razón poética*. Enseguida vendría el encuentro con María Zambrano en Ginebra y los posteriores encuentros en Madrid.

En las bibliotecas ya había encontrado, tiempo atrás, dos libros sugestivos que le revelarían nuevos *mundos* cultos. Uno era *Los cuatro libros* de Confucio; el otro, los *Cantos* de un poeta romántico italiano: Giacomo Leopardi. Sobre todo el primero daría sentido de universalidad a su formación al permitirle penetrar e iniciarse en ese bosque lleno de secretos que es el de la poesía, el pensamiento, la sabiduría de Extremo Oriente, que entonces luego se podía ir reafirmando con libros que llegaban de la América hispana, pero también de colecciones españolas, como *El Mensaje*, de José Janés o, más tarde, “*El Árbol del Paraíso*”, de la editorial Siruela.

El otro, autor tempranamente descubierto le llevó al conocimiento y al amor hacia un país, Italia, y enseguida, por extensión, a lo que luego él reconoció como *espíritu mediterráneo* de las dos orillas: el que habían abierto Homero y los primitivos poetas grecolatinos, los Libros Sapienciales bíblicos, la poesía sufí, la *Vita Nuova* de Dante, y más tarde Valéry y Quasimodo, Seferis y Aleixandre, Salvador Espriu y Carles Riba. Eran poetas de la emoción y de la pureza formal, del sentir y del pensar la poesía en busca de un conocimiento superior, del vivir consciente, no el reflejo de una mera anécdota.

Una de aquellas noches, ya en Milán –a donde le habían invitado para una estancia de seis meses, pero en donde se detuvo cuatro años– regresó a su residencia con un libro: los *Canti* de Giacomo Leopardi, aquel libro que ya había sobrevolado en su adolescencia en la pulcra versión de Diego Navarro. Como quién inicia un juego, aquel más que joven poeta, se puso a traducir el más conocido y amado poema leopardiano: *L'Infinito* (El infinito),

Creo que quien la haya vivido no sale indemne de la experiencia de vivir Italia. Pienso en lo que supuso esa experiencia para nuestro Miguel de

Cervantes, y de qué manera tan deliciosa él funde en su novela *El licenciado Vidriera* la Italia que recorrió con Salamanca, con las orillas del río Tormes, en esa página del arranque de su relato que nos lleva a pensar que el autor del *Quijote*, bien pudo estar en nuestra ciudad. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Quién lo sabe! No por ello olvidamos los elogios que Cervantes le dedicó a esta Universidad.

Sí sabemos que estuvo aquí otro gran poeta, Luis de Góngora. Antes de reparar en Góngora en Salamanca –como estudiante primero del que poco sabemos y del canónigo viajero después, herido en una posada por un “asalto” de amor–, el poeta adolescente había leído ya los poemas de Góngora en la ciudad de éste y lo de los aún secretos poetas del grupo cordobés “Cántico”. En su aprecio de estos poetas cordobeses sí habría de coincidir con los poetas de mi generación, la que nació con un gran afán de una nueva sensibilidad, de un nuevo y libre lenguaje, de unas nuevas lecturas, del enriquecimiento del viajar a otros países. Al fondo de estas tendencias, lo que había era un gran sed de cultura *viva* en nuestra *Generación de los 70* o *Generación del Lenguaje*.

Contemplar, templarse pensando el sentimiento, sintiendo el pensamiento, como ya saben que nos recomendó Miguel de Unamuno. Y, a modo de faro, teniendo en cuenta, como nos dijo el verso de otro alumno de esta universidad, Claudio Rodríguez: que todo cuanto nos eleva “guía siempre”. De ese mirar hacia lo alto nació el profundo sentido humanista de este Estudio. Y de ese mirar –y con afán de libre conocimiento y de justicia– nacería además en esta ciudad lo que reconocemos como “La Escuela de Salamanca”, con el maestro Francisco de Vitoria a la cabeza, y el “Derecho de Indias”; ciudad ésta por tanto cuna de los Derechos Humanos. Partieron muy pronto estos ejemplos para la otra orilla, la de América, la de las universidades que la de Salamanca iluminó con sus estatutos.

Termino ya y lo hago ensoñando a la América hispana para seguir manteniendo, sin romperlo, ese lazo que tanto la une a esta Universidad. Ensoñamos y vuelven a mí imágenes inconfundibles: Acolman de los grandes claustros; la biblioteca Palafoxiana de Puebla de los Ángeles y la iglesia dominicana a cuya puertas recibió misteriosa muerte nuestro madrigalista Gutierre de Cetina; las calles de Coyoacán con las mismas grandes rejas nuestras; los Festivales poesía de Medellín y de Cartagena de Indias, en Colombia, y el poderoso fortín, de esta ciudad, del que regresé con un extenso poema, “El soñador de espigas lejanas”; los niños sentados en el suelo y leyendo libros en español en la Feria del Libro de Guadalajara; la caravana de féretros de los muertos por el terror de las ideologías extremadas; la Noche de Todos los Santos en Traxcala, con los soportales castellanos a la luz de las velas llenos de frutos y de flores de las ofrendas; los poemas de Sor Juana Inés sintonizando tan tempranamente con la poesía de Góngora (un gran detalle civilizador éste) y poniendo de relieve el valeroso pensamiento de ser mujer. Y la modernidad que nos vino con los versos de Rubén Darío y con los ensayos de Octavio Paz.

Ya ven de qué manera he podido mostrar mi reconocimiento y mi agradecimiento hacia esta Universidad: dejando que de mi memoria broten unos pocos símbolos y ejemplos, pero también poniendo a su disposición mi obra y mi afecto. Que sus aulas sigan siendo espacio de cultura viva, desde aquí propagada y aquí eternizada. Y desde la creatividad y la investigación fértiles. También los de la palabra inspirada-respirada, los de la poesía como fenómeno que acompaña a los seres humanos desde los orígenes. La poesía testimoniando siempre y siempre comprometida con lo esencial, como algo muy parecido, sí, a la pequeña semilla evangélica que sin embargo da lugar a ese gran árbol que nos ampara hasta hoy. Ese árbol a cuya sombra los seres

humanos hallan la armonía y la paz. Ese humanismo sin el cual el ser humano dejaría de ser humano.

Muchas gracias.

Salamanca, Paraninfo de la USAL, 19 de junio de 2023